

«EL ABRAZO A LA CRUZ»

**(EXALTACIÓN DE LA SANTA CRUZ
DE LA HERMANDAD DEL AMOR).**

Iglesia Colegial del Divino Salvador.

Sevilla, 17 de septiembre de 2024.

Fernando Vaz Calderón.

PRESENTACIÓN Y AGRADECIMIENTOS.

Con el más sincero agradecimiento al Sr. Hermano Mayor y Junta de Gobierno de esta Primitiva Archicofradía, Pontificia y Real Hermandad de Nazarenos de la Sagrada Entrada en Jerusalén, Santísimo Cristo del Amor, Nuestra Señora del Socorro y Santiago Apóstol.

Reverendo Sr. Rector de esta Iglesia Colegial del Divino Salvador.

Hermanas y hermanos todos en el corazón del Señor:

No teman. Esta disertación, titulada «El abrazo a la Cruz», no durará mucho o, al menos, más de lo debido. Ni tendrá nada de barroquismo desmedido o de ripios altisonantes. Porque para acercarnos y entender el Misterio de la Santa Cruz de Cristo, más que una serie de palabras transmitidas con mayor o menor acierto, el mejor medio que podemos encontrar es el recorrido que todos los aquí presentes venimos transitando por nuestra propia vida: sus dificultades, sus años consumidos en un suspiro, su día a día tantas veces escabroso, el valor que nos exige afrontar sus avatares, nuestra Fe inquebrantable y la confianza en los designios de Dios, son las claves más acertadas para su comprensión.

Por eso, este discurso no puede pretender convertirse en un pregón, ni tan siquiera en una exaltación, sino en un simple recordatorio: la Cruz de Cristo es y será siempre nuestra compañera de viaje, y por eso, ya desde los albores de estas letras, te pido, Santísimo Cristo del Amor, que en esta noche me permitas fundamentar su sentido en la emoción incontenible que provoca la contemplación de tu Imagen Sagrada. No me

abandones a mi suerte en esta hora, y haz que tu luz brille por encima de mis limitaciones.

ORACIÓN INICIAL A LA CRUZ DEL SANTÍSIMO CRISTO DEL AMOR.

Te encuentro en un travesaño
desabrido y doloroso,
mas me postro silencioso
y jamás me siento extraño.
Cuando esté entre tu rebaño
y me busques con ardor,
no preguntes por mi error,
que por miles yo los cuento:
Di que el Cielo es el momento
en que rezo ante tu Amor.

Te sujetan dos confines:
Uno abarca nuestra vida,
y otro anuncia tu partida
hasta un Cielo de jazmines.
Y si ya desde maitines
el demonio es una trampa,
esta Cruz es esa estampa
que promete salvaciones,
hecha toda de oraciones
y madera de una rampa.

No quisiera despertarte
con mi voz impertinente,
que este pobre penitente
en Ti tiene su estandarte.

Un tesoro se reparte
si tu nombre pronunciamos,
si al caer nos levantamos
y fijamos la mirada
en tu sombra agigantada,
y a tu Cruz nos abrazamos.

LA MUERTE EN LA CRUZ.

Cuenta el Evangelio de San Lucas:

«Entonces Jesús exclamó con fuerza: Padre, en tus manos encomiendo mi espíritu. Y al decir esto, expiró»¹.

De aquí en adelante, por unas horas, todo ha dejado de tener sentido. Un vacío atemorizante se posa en el mundo e invade las almas de quienes lo habitan. Bien pareciera que, con la amarga crucifixión y la expiración definitiva, esta historia acabara de llegar a su fin, como si los allí presentes no tuvieran más alternativa que deambular desorientados por un cerro lleno de cenizas y falsos horizontes.

Tan sólo se alcanzan a escuchar los lamentos y sollozos que emiten unas cuantas mujeres, acompañadas de otras tantas miradas lacrimosas que siguen observando la escena, límpidos de corazón al que esta crudeza no les puede resultar indiferente.

Entre la muchedumbre se distingue con claridad la presencia de Juan, el discípulo amado, junto a las tres Marías: María, Madre de Jesús; María de Cleofás; y María Magdalena.

El ambiente es desagradable e inhóspito, y un viento fuerte hace incómoda la presencia en el paraje, creando con su silbido

¹ *Evangelio de San Lucas, 23: 46.*

una tétrica banda sonora que envuelve estos sucesos. Las tinieblas comienzan a comprometer la visión clara del cielo y del terreno, el sol oscurece su esfera y un temblor inesperado hace vibrar violentamente los cimientos. Se quiebran las rocas y un reloj de angustia parece marcar el futuro de quienes siguieron al Maestro, mientras en el eco de las alturas resuena la expresión desconsolada de un pobre centurión: «verdaderamente este era el Hijo de Dios»².

El tránsito del Señor en la tierra ha finalizado y el patíbulo parece haberle vencido. Esta estampa revela que la astilla ha derrotado a la carne, y que la muerte se ha impuesto. En ese momento, la Cruz es el símbolo del sufrimiento y la desesperación: no transmite ningún signo de salvación, ni anuncia un futuro de vida eterna. Es madera lacerante, fría, impertérrita y ofensiva. Un cuchillo que rasga la Esperanza de la humanidad sobre el cuerpo de un hombre muerto.

Todo quedó allí tal cual lo vemos hoy en esta Iglesia Colegial del Divino Salvador, al admirar tan devotamente a este Santísimo Cristo Crucificado: una luz tenue, un silencio inaudito y un cuerpo inerte, sin voz, sin respiración, sin vida. Una anatomía desnuda y vejada, castigada hasta la extenuación, degradada sin miramientos y maltratada hasta rebasar los límites de lo humanamente soportable. Un corazón quieto, helado, inmóvil; unos ojos moribundos y extintos. Y una sangre enfriada que va cincelandos sus dibujos de ríos y meandros sobre el mapa de esa piel que empieza a descolorarse.

Pero en la cima de aquél monte ingrato, al igual que ocurre hoy aquí en este Templo, una impresión nacida de lo más hondo

² *Evangelio de San Lucas, 23:47.*

del corazón hizo que algunos no lo abandonaran, como tampoco lo abandonaremos nosotros aunque estos suelos se tambaleen y la sociedad se nos siga volviendo tan en contra.

Allí estaban ellos, que conocieron de viva voz su mensaje. Y aquí estamos nosotros, que lo seguimos escuchando en el silencio de la oración, y en el embeleso de esa belleza tranquila, incomparable y serena, que se corona con la Esperanza de su nombre: Amor. Este es el vocablo que nos impulsa a no renunciar a Ti, Señor; a saber que tras el telón de esta dolorosísima narración, late la seguridad y la confianza de que este tu sacrificio no fue ofrecido ni mucho menos en vano. Ellos allí, al pie del madero; y nosotros aquí, al pie de tu nombre, Santísimo Cristo del Amor. Y por eso nos resistimos a huir y alejarnos de Ti, porque ni sabemos ni queremos aceptar esta aparente victoria de la madera y los clavos sobre tu Palabra:

Tu tiempo se ha consumado,
mas tan sólo es el comienzo.
La Palabra es ese lienzo
que en tu Cuerpo se ha tallado.

Hay rencores en el mundo,
y maldades que maltratan,
hay ofensas que nos matan
aunque duren un segundo.

Hay coléricas miradas
que rechazan los abrazos,
y la envidia son sus brazos
convertidas en espadas.

Hay un rastro de violencia
que recorre los caminos,
hay desgracia en sus destinos,
que ya saben su Sentencia.

En el mundo reina el ego,
impertérrito ante el drama:
¡Qué más da lo que proclama
una lágrima en el fuego!

Mas también hay un Domingo,
y una luz del interior,
y un empuje del Amor
que en tus tramos yo distingo.

Hay un mundo esperanzado
que en tu nombre nos cautiva,
una herencia primitiva
que recoge tu legado.

Por eso digo ante la Cruz:
Si caminas en tu paso,
yo te sigo en el ocaso
porque sé que eres la luz.

No alejarme ni dejarte
es mi empeño y mi deseo,
mas si ves que yo flaqueo,
no permitas que me aparte.

Que al rezarte he comprendido
lo que llena el corazón.
Haz que cumpla mi misión:
velar tu sueño dormido.

LA CRUZ NUESTRA DE CADA DÍA.

Cristo, por Amor, murió verdaderamente, y así, en ese estado, estuvo durante un triduo completo. Este acontecimiento debe tenerse presente como hecho histórico y verdadero, y no como simple fábula o metáfora impactante. Y tanto ha de ser así, que ni tan siquiera el asombro de la Resurrección puede dejar este suceso en el olvido: el Hijo de Dios murió en el patíbulo bajo un suplicio inconmensurable.

Entonces, ¿cómo se justifica o cómo se comprende que los cristianos nos tengamos que acercar a la Cruz, cuando no es más que un potro de tortura? ¿Por qué hemos de aceptarla y, aún más, por qué hemos de abrazarla y hasta amarla?

Con aquella conversación que este Jesús enclavado y sufriente mantuvo con el Buen Ladrón, y en la que le prometió el Paraíso al que habría de llegar en ese mismo día³, se nos estaba mostrando la dimensión divina del Cristo, del hombre, de aquél que vivió y convivió entre nosotros, y que comenzó a manifestarse cuando el velo del Templo de Salomón -símbolo de la separación existente entre Dios y los hombres por el pecado-, se rasgó de forma inexplicable en dos partes, de arriba abajo, en el momento exacto de su muerte⁴, para hacernos ver que con

³ *Evangelio de San Lucas*, 23: 39-43.

⁴ *Evangelio de San Mateo*, 27: 50-51.

este sacrificio había comenzado la reconciliación de todas las generaciones con el Altísimo.

Así, y una vez revelados al mundo tantos signos fehacientes, la Cruz y la muerte que en ella se exhibe, fundidas ambas con el Amor de Cristo, se transforman en elementos necesarios para empezar a comprender que, ciertamente, existe una promesa de eternidad en sus raíces. Que esta cruceta es ya más árbol que astilla hiriente y punzante, y que es más rama que clavo, más Esperanza que aflicción y angustia.

Todos los aquí presentes sabemos que en nuestros avatares diarios casi nada queda bajo nuestro imperio. No somos ni una mota de polvo en la sublime obra de la Creación. Hay momentos en los que sufrimos severos reveses, y, con más o menos frecuencia, hay días en los que precisamente no nos salen bien las cosas. Realmente, somos seres de poco éxito, en el sentido estrictamente cuantitativo del término, porque para el mundo nadie es tan influyente o imprescindible como se piensa, si es que así lo estima. Esa conocida frase de John Lennon que decía que «La vida es eso que pasa mientras tú haces otros planes»⁵, ha de ser convenientemente reinterpretada por los creyentes para afirmar que «La vida es eso que Dios nos tiene preparado mientras tú haces otros planes». Y por eso el Señor nos pide que no huyamos de la Cruz durante nuestra existencia: «Si alguno quiere venir en pos de mí, niéguese a sí mismo, tome su Cruz de cada día...y sígame»⁶, señala el Evangelio de San Mateo.

Si queremos comportarnos en coherencia con nuestra Fe, resulta fundamental que seamos capaces de entender que en el

⁵ John Lennon: «*Beautiful Boy*».

⁶ *Evangelio de San Mateo*, 16:24.

centro de nuestra vida la Cruz está y estará siempre presente aunque muchos pretendan esconderse de ella, escabullirse de su presencia entreteniéndose con banalidades huecas con las que intentar olvidarla; y que quien intente escapar de su figura no encontrará jamás la verdadera alegría. Los jóvenes no pueden ser seres fuertes y decididos, ni los adultos fieles y sabios, si durante su trayectoria vital no han aprendido a comprometerse con su Cruz. Es cierto que nadie nos ha preguntado si cada uno de nosotros queremos o no la nuestra -esto es verdad-, pero esa determinación de abrazarla nos transformará en un Simón de Cirene que ya solamente deseará cargar la suya junto al Maestro, y esto nos hará felices. Como acertadamente resumió San Juan Pablo II haciendo suyas las palabras de Cyprian Norwid, habría que caminar no detrás de Él considerando o poniendo en gran valor su Cruz, «sino detrás del Salvador con la propia cruz»⁷ de cada uno.

Y es que, al igual que a nadie se le ocurriría leer, aprender o interpretar los Textos Sagrados ignorando o arrancando las páginas en las que se narra el pasaje de la muerte en la Cruz - haciendo así de la Escritura una suerte de mensaje cómodo y que no sirviera para llamar a la conversión-, así tampoco hemos de peregrinar por la vida anhelando que nuestros senderos discurran solamente por campos florecidos y valles verdes y sinuosos.

Porque cargar con la Cruz nuestra de cada día significa darse al hermano que nos necesita levantándolo de su sufrimiento. Es la determinación que se requiere para afrontar un duro y agotador día de trabajo. Es lidiar con las diferencias y

⁷ San Juan Pablo II: Meditación en el Vía Crucis del Viernes Santo del año 2000, celebrado en el Coliseo de Roma: «*Séptima estación: Jesús cae por segunda vez*».

los problemas del hogar anteponiendo el regalo de la familia cristiana. Es el esfuerzo del perdón que se expresa, la serenidad impagable que genera el olvido al daño por encima del fracaso desgraciado de la sed de venganza. Abrazar la Cruz nuestra de cada día es aprender, en suma, que Dios es un Amor mucho más grande que nuestras imperfecciones y que nuestra diminuta pequeñez:

Es la Cruz un silencio que nos habla,
una estrella en un cielo oscurecido,
es la enseña que Dios nos ha ofrecido
y a todos nos iguala con su tabla.

Es la Gracia que frena a rajatabla
la soberbia del odio enfurecido,
la maldad, el pecado cometido
que al maligno nos une y nos entabla.

No reniegues, no escapes de su sombra,
ni camines altivo y desprovisto
del emblema de un Cristo que te nombra.

Haz que el alma proclame que lo has visto,
que en tu Cruz lo has sentido y que te asombra
la fuerza del Amor de Jesucristo.

LA VIRGEN A LOS PIES DE LA CRUZ

Allí quedó Ella, encarnando todos los dolores del mundo. Suele ser habitual identificar el momento de más fidelidad de la Virgen con el «*fiat*» que expresó ante el Arcángel San Gabriel,

con esa declaración tan dulce e indubitada: «He aquí la esclava del Señor, hágase en mí según tu palabra»⁸. Y, sin embargo, este pobre relator que ante ustedes se ha presentado de siempre ha pensado que esto, siendo en gran parte cierto, no es del todo así. Porque, en este modesto entender, la escena que revela con mayor contundencia el Amor infinito que la Virgen manifestó por ese Dios Padre con el que se había comprometido desde la Anunciación es precisamente este de la Crucifixión. Y es que, si nos lo preguntamos detenidamente, ¿quién sufrió más, el cuerpo del Hijo o el alma de la Madre? Realmente, contemplar aquello que ocurrió hubiera sido motivo más que suficiente para salir huyendo en busca de un pozo de desesperación. En este pasaje, se da un misterio que Ella no comprende, pero que, sin embargo, y anteponiendo su lealtad al Señor, acepta sin titubeos. Y por eso, en este episodio concreto del sufrimiento infinito de la Virgen se nos muestra un verdadero, inmenso, grandioso abrazo a la Cruz, que no dura sólo ese instante de la muerte del Hijo, sino que abarca desde un tiempo más atrás que se inició el día en el que el anciano Simeón le transmitió la profecía: «Una espada te traspasará el alma»⁹, y cuyo fin se produjo con la gloriosa Resurrección. Demasiado tiempo para un alma cándida y bondadosa.

Por eso aquel fue el lugar y el tiempo en el que a la Virgen se le concedió el título más hermoso que seguro Ella se piensa: el de Madre, y como Madre, el de Socorro de toda su Iglesia. Porque al pie de la Cruz Ella pudo escuchar con tono afligido, de boca de su hijo ya a punto de abandonar el mundo, estas palabras que solemnemente la entronizaban: «Mujer, ahí tienes

⁸ Evangelio de San Lucas, 1: 26-38.

⁹ Evangelio de San Lucas, 2: 35.

a tu hijo»¹⁰. Y luego, mirando a Juan, añadió: «hijo, ahí tienes a tu Madre»¹¹.

¿Dónde reside la importancia de estas dos frases pronunciadas poco antes de la exhalación definitiva? Con estas afirmaciones el Señor estaba coronando a María como Madre y nueva Eva, y como «Mater Ecclesiae», según la distinción que Pablo VI le otorgó al finalizar el Concilio Vaticano II: mujer, ahí tienes a tu hijo, y aquí tienes a estos todos tus hijos de toda la historia y de toda tu Iglesia universal, Virgen del Socorro de nuestras vidas, tranquilidad ante la tempestad, pañuelo en el lamento, ayuda en el sufrimiento, prestancia que abruma a la belleza, luna llena en el prado oscuro, oasis en el desierto angustioso, bastión contra los asaltos del infierno, fragancia de primavera, Madre del Salvador, naranjo en la Cuaresma sevillana, letanía interminable del poeta, alimento de pureza para el alma, culmen de tu manto imponente, faro que nos guía en las tinieblas, llama en el frío de nuestras días, sueño del Domingo de Ramos, lágrimas convertidas en brillantes, elegancia de la humildad, sencillez que derriba a los poderosos, partitura de los ángeles, hermosura en el dolor de la Cruz y Gracia de Dios en la Tierra, no nos abandones jamás.

Pero ¿y nosotros? ¿Qué hemos de hacer nosotros ante las palabras dirigidas a Juan? «Hijo, ahí tienes a tu Madre». Este encargo del cuidado de la Virgen que tal expresión revela es algo más que una simple misión: es señalar el camino más fiable para llegar a Dios, el sendero irrefutable hacia el Cielo, la casa más segura de nuestras vidas, y el reflejo en el que mirarse para encontrar al Señor. Si nos agarramos a Ella y con el corazón le

¹⁰ Evangelio de San Juan, 19: 26.

¹¹ Evangelio de San Juan, 19: 27.

pedimos su auxilio y su Socorro ¿qué será capaz de decir el mismísimo Dios ante eso? ¿Se va a negar a su intercesión, con lo que significa una Madre? ¿Hay un Amor más grande que el que esta Madre muestra por su Hijo, y, como linaje suyo, por el resto de todos sus hijos que somos nosotros? ¿Quién si no estaría dispuesta a cargar también con nuestra Cruz?

Parece obvio, pues, que debemos afanarnos en cuidar de la Virgen, porque este fue el mandato de este Santísimo Cristo del Amor crucificado. Y por eso en esta noche te pedimos, Madre Nuestra, que nunca olvidemos esto que debemos hacer en cada momento de nuestra vida para ser dignos de tu Santidad:

Acercarnos a Ti y a tu perfil,
y encontrar ese espejo de pureza
que nos lleva hasta el Cielo en tu belleza,
y al invierno lo cambia por abril.

Y rezarte, silente y sin atril,
con el alma dispuesta ante tu alteza,
despojado de haciendas y riqueza,
y rogando morir en tu redil.

Porque sé, Santa Virgen del Socorro,
que el dolor de mi Cruz lo santificas,
que las Puertas del Cielo yo descorro

si comprendo que Tú me dulcificas,
y que trazas la vida que recorro
mientras todo su Amor lo multiplicas.

LA CRUZ Y LA ESPERANZA DE LA RESURRECCIÓN

Como seres humanos, necesitamos el oxígeno, el alimento, el agua y cierto sustento material para poder subsistir. Como creyentes y católicos, y como cofrades, necesitamos la Esperanza, porque sin Ella el Misterio de la Santa Cruz quedaría vacío y el dolor tan inmenso que transmite sería ya incontestable.

En este mundo en el que nos encontramos la Esperanza presenta, en primer término, una vertiente claramente espiritual -esto es, teórica y del corazón- con la que descubrimos que, por muchos contratiempos que ocurran, esta virtud se manifiesta de forma fehaciente en nuestras vidas porque cuando nos confesamos nuestros pecados son perdonados para no dejarnos caer en la desesperación, y seguir confiando en Dios y en su promesa del Cielo; porque cuando acudimos a este Templo siempre encontramos en este Dios crucificado -mírenlo ahora- un predio de paz, de serenidad, de tranquilidad y Amor entre tantas redes de angustia que pretenden atraparnos; y porque, en fin, sean cuales sean las circunstancias particulares, en las profundidades del alma siempre brilla una luz imperecedera que procede de Dios.

Todo esto lo sabemos, porque así está escrito y así lo sentimos. Pero mientras lo escuchamos o lo percibimos, si no atendiéramos a nada más, la realidad sería que cuando levantáramos la vista este Cristo del Amor seguiría ahí, enclavado, dormido e inerte. Por eso, como criaturas erráticas y menguadas que somos, necesitábamos de un hecho físico y tangible que nos disipara las dudas y debilidades, y que nos volteara esta otra cara infame de la moneda. Por eso Él resucitó

de entre los muertos dándole sentido a la Cruz: «Si no resucitó Cristo, vana es nuestra predicación, vana también vuestra Fe»¹², dice la Primera Carta de San Pablo a los Corintios.

Y es que, sin su mortificación previa en el madero, nunca podría habernos demostrado que era cierta la promesa de su Reino. Resultaba pues necesario que naciera y se mezclara con nosotros, que viviera un tiempo entre la muchedumbre, que nos difundiera su mensaje, que fuera apresado, maltratado, burlado, sentenciado y muerto cruelmente para luego resucitar en las tinieblas y evidenciar así que sus postulados eran inevitables.

Por eso todo el orbe cristiano sabe esperar al tercer día para conmemorar la verdad de su Palabra. Aunque, en realidad y a fuerza de ser sincero, hay que decir que todo el mundo cristiano no. Todo el mundo cristiano menos Sevilla, que cada año tiene el privilegio, porque Dios así lo quiso, de sentir y vivir la Resurrección unas cuantas horas antes de que acontezca:

«Madrugá» del Viernes Santo: son las doce de la noche. Una Cruz plateada a la que sigue una estela morada de luceros anuncia la conquista del mundo por un Hombre humilde y sentenciado al que escolta una cohorte romana envuelta en gracia y abalorios, tan servicial, tan alegre, tan del pueblo, tan macarena. Al poco, la vida de quienes contemplan se aterciopela con un verde intenso que hace presagiar lo inefable.

Trascurrido un tiempo entre indeterminado y eterno, y que no se mide por segundos, minutos y horas, resuenan enérgicos en la mesa del palio los tres golpes de llamador, y su eco traspasa las alturas abriendo las nubes de par en par para ponerle a Sevilla un vestido de Gloria inminente. Y es que ese

¹² Primera Epístola de San Pablo a los Corintios, 15:14,

mismo sonido será el que se escuche cuando, en la hora marcada, cada uno de nosotros llame a las puertas del Cielo: el del Llamador de la Macarena.

Se alza el paso incontenible y tiembla la corona, y tiemblan las mariquillas, y tiemblan todos los cimientos de la Ciudad, y tiemblan los corazones de cuantos la esperan, y el aire y la brisa, y las saetas y las oraciones, y las rejas de los balcones y las macetas con sus geranios. Tiemblan el Arco y las piedras de la muralla, y tiembla la Torre de la Tía Tomasa. Tiembla la voz del capataz incapaz de aguantar esa mirada torrencial que proviene del Cielo, y tiemblan hasta las llamas de su candelería que, en la subida momentánea de la «levantá», se apagan brevemente para volver a respuntar cuando el paso cae sobre los costales, porque ante la Virgen de la Esperanza nada muere y todo vive, nada perece en la noche y todo resucita.

Sale la Virgen arrollando por las arterias de Resolana y Feria, ensimismando a los Hércules de la Alameda y dejando muda a la Campana. Avanza señorial por Sierpes, recibe el beso añorado de la Giralda al cruzar la Plaza, y ensancha la Avenida hasta el infinito para que pueda caber toda su Esperanza. Se agiganta bajo las naves catedralicias y llama a la oración en la intimidad de Francos, Chapineros y Álvarez Quintero.

Y ya por fin, al encarar la Cuesta, en el punto exacto de la nomenclatura de «VILLEGAS» y frente a la hermosura del azulejo, se obra lo que su nombre presagia: acaricia con su perfil de bambalinas la primorosa estampa de cerámica y, de repente, como un milagro, bajo la inmensidad de sus naves este mismo Cristo florece nuevamente en su Cruz, vivo y rebosante de Amor, sin clavos, sin llagas, sin heridas, con unos ojos abiertos,

profundos e inabarcables, llenos de luz y de fuerza, porque Ella expresa con su cara lo que San Lucas dejó escrito: «¿Por qué buscáis entre los muertos al que vive? No está aquí, ha resucitado»¹³ (Lucas 24: 5-6).

Así llega la Esperanza al zaguán de Sor Ángela y así reparte el triunfo definitivo de su rostro por su barrio, que en esa mañana luminosa la Cruz del tormento se hace Árbol de Vida Eterna al pasarle tan cerca este anuncio anticipado de la alegría de la Resurrección que es su palio en la calle, mientras Sevilla se hace Reino de los Cielos para su Virgen:

Ya por fin has revivido
en tu Amor y tu dulzura,
al sentir la singladura
de un milagro prometido.
Como un sueño descendido
desde un Cielo que se estrena,
una cara te encadena
a la Gloria que proclama,
y a una Madre que se llama
Esperanza Macarena.

«NO HACE FALTA QUE DESPIERTES»: ORACIÓN FINAL AL AMOR EN LA CRUZ

No hace falta que despiertes,
ni que anuncies la alegría
de tu nuevo renacer
desde el sueño que dormitas.

¹³ Evangelio de San Lucas, 24: 5-6.

No hace falta que despiertes
ni que purgues las cenizas,
ni el recuerdo doloroso
de las horas decisivas,
sacrificio que ofreciste
aguantando las espinas,
y un castigo pavoroso
reflejado en tu agonía.

No hace falta, Señor, porque
es tan dulce tu acogida,
la ternura que desprendes,
tu perfecta anatomía,
y la altura a la que apuntas
al rezarte poesías,
que sabemos que tu nombre
es la Gloria presentida
que nos lleva junto al Padre
entre cantos que recitan:
Amor que vence a la muerte,
Amor que borra la inquina,
Amor que calma en la angustia,
Amor que al alma acaricia,
Amor de sangre y de fuego,
Amor que colma de vida,
Amor que nunca defrauda,
Amor de brisa tranquila,
Amor inmenso en el mar,
Amor que lleva a la cima,
Amor eterno en el tiempo,
Amor que a todos cautiva,

Amor que nunca se acaba,
Amor que sana mi herida,
Amor que llama al amor,
Amor que alegra los días,
Amor fundido en la Gloria,
Amor que al mundo ilumina,
Amor que abraza a la Cruz...
y nos bendice en Sevilla.

Que así sea.